



EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º - Apartado 547.

Horas: de dos á cuatro de la tarde

SUMARIO

CARAS BONITAS

VICENTE VEGA

Sección vermouth.

E. LÓPEZ BUSTAMANTE

Despertar...

COLIRÓN

Lamentaciones de un calavera.

RENÉ BLAZE

Una broma de Enrique II

FANDOR

La cucerrona.

FERNANDO G. RUIZ

A una camarera.

JUAN G. RENOVALES

La virgen pagana.

ADOLFO LLUCH

«La Maldita».

MATEOS, TINO, CARLOS,

M. GARRIDO y GASSÓ

Varios dibujos y retrato de Manolita Fernández.



MANOLITA FERNÁNDEZ

Notable artista que forma parte del popular "duetto" fernández-Neira.

5 céntimos



MUJER Y FLORES

Evocando la todavía lejana Primavera.

LA mujer y la flor son inseparables. No puede vivir la una sin la otra. La mujer busca su exhibición por medio de las flores, con las que adorna y embellece su tocado. Una flor hábilmente colocada ha conseguido más triunfos que el joyel más valioso. El brillante deslumbra; la flor conmueve. Aquél fascina los sentimientos; ésta habla al corazón.

Las flores, á su vez, necesitan de la mujer para hacerse admirar. Y no encontrarán más gentil búcaro para lucir sus galas que el mórbido seno de la hermosa.

LO QUE ELLAS QUIEREN



—Pues, ya ves, á pesar de ser tan bonitas, desde que saco estas ligas á escena, estoy en desgracia. ¡Sólo me salen novios para casarse!

Inseparables por naturaleza, la mujer y las flores se encuentran lo mismo en la espléndida floresta que en el aristocrático salón; en el jardinillo que en la rica estufa. No se concibe fiesta, por insignificante que sea, sin la mujer. Ni mujer en fiesta sin el adorno de las flores.

La vida de éstas es breve, como es igualmente breve la belleza de la mujer. Sin duda, por esa ley de afinidades y simpatías, cuida la mujer con tierna solicitud de aquéllas.

Las flores acompañan á la mujer en todos los actos de la vida, y aun después de la muerte. De niña, forman su alegría. Ya adolescente, nada agradece tanto como un ramo de violetas, emblema de la modestia y de los castos amores. Sigue hasta el altar, compitiendo con las joyas de la desposada, la característica flor de azahar, y eternas siempre vivas que crecen sobre la tumba, velan constantemente el último sueño de la virgen.

¡Mujeres y flores! Nacidas para el amor, su objeto es agradar; su fin, endulzar nuestra existencia.

Hay flores que proporcionan el sustento á la mujer. Los poetas de todos los tiempos han derramado raudales de inspiración, pregonando la fama de unas y otras.

Además, las flores, del mismo modo que la mujer, han jugado un importante papel en la política. La rosa encarnada y la rosa blanca, en Inglaterra, y la azucena, en Francia, se usaron para designar diversos partidos y principios.

La flor, al fin, es el distintivo de la casa de Borbón.

Finalmente, habiendo entre las mujeres, como entre las flores, para todos los gustos, quien no se decide es no quiere.

Existen mujeres de lujo, como la camelia.

Sencillas y dobles, como la violeta.

Pálidas, como la azucena.

Encarnadas, como la amapola.

Esbeltas, como el lirio.

Pequeñitas, como la verbena.

Constantes, como la siempreviva.

Que producen dolor de cabeza, como la adelfa.

Que arañan, como la zarza.

Que «dan el opio», como la adormidera.

Que dan la vida y la muerte.

Y para terminar. Por parecerse en todo, las mujeres y las flores viven con los mismos nombres. Y tenemos Rosas, Luisas, Margaritas, Maravillas, Hortensias, y uno que comprende á todas: Flora.

(Una voz del público: ¡Lila!)

VICENTE VEGA.

LAS INMOLADAS



DESPERTAR...

(A Juan Leseur.
En Maracaibo.)

SENTADOS alrededor de una mesilla redonda que se sostenía de una manera absurda sobre un pie, en un bar de mi provincia, mientras apurábamos sendos «bocks», mi amigo me refirió una tarde, con su voz pausada y su ademán felino, la rara historia de aquellos amores.

—Era él un noble viejo, con el alma templada á lo antiguo, como los buenos aceros. Era ella joven aún—treinta años—, casquivana y voluntariosa, aunque sujeta al inmenso respeto que le inspiraba el noble anciano, su marido. Casárase á los veintidós, cuando él, ya de cincuenta y seis, sólo podía brindarle el atractivo de su fortuna. El, si se casó enamorado, fué con esa pasión tardía, con ese amor de los viejos, último fuego que, lentamente, muere bajo las cenizas de mil pasados amores.

Así, no duraron mucho las intimidades conyugales: cuatro ó cinco años...

DE LA ALDEA



—No sé á qué viene llorar así. Ya sabes que «tos» los años te tienes que ir á criar.

—Es que «tos» los años lloro antes de irme.

—Pues cuando debías llorar era mucho antes...

El, demasiado frío para calmar los ardores de ella; ella, demasiado ardiente para compartir el lecho de aquel noble viejo, león cansado que pedía descanso, tácitamente, sin decirse nada, fueron distanciando sus abrazos hasta dormir en lecho aparte, hasta ocupar cada uno su alcoba, como de solteros.

Los años pasaban, y el viejo dormía tranquilo, confiado en su honor, hasta que un día le dijeron que su mujer le engañaba y por las noches introducía un amante en su alcoba...

Esa noche esperó pacientemente, con la luz apagada, mirando por la rendija de la puerta entornada de su cuarto, hasta que vió entrar al amante en la alcoba de su mujer. Con un revólver en la mano salió muy despacito, sin meter ningún ruido, y fué á mirar por el ojo de la cerradura... El amante se desnudaba con el desenfado de quien viene haciendo igual hace años; ella le aguardaba en camisa, sentada al borde del lecho... Besos, abrazos, desmayos y suspiros de voluptuosidad, entrecortados por frases cariñosas, todo lo contempló y lo soportó impasible, hasta que, por la madrugada, hartos ellos, cansados de su ardua faena de amor, se quedaron profundamente dormidos.

Entonces, el viejo empujó la puerta suavemente y se deslizó dentro como una sombra... Con gran cuidado, para no despertar á la mujer, despertó al amante, que al abrir los ojos se encontró con un revólver amartillado que le apuntaba á las sienes y vió un rostro sereno que imperativamente, con un dedo sobre los labios, le mandaba guardar silencio. Luego, apuntándole siempre á la cabeza, le indicó que saliese sin despertar á su mujer, y como á un cordero le llevó hasta la puerta de la calle, y allí le dejó libre.

Volvió á la alcoba de la esposa; con precaución se deslizó en el lugar que dejó vacío el amante, y, echándose alguna ropa para ocultarse el rostro, esperó pacientemente, sin dormir, que ella despertase.

DE LOS BARRIOS BAJOS



—Yo creo que bailamos bien el «agarrao» porque no cabe entre nosotros pero que ni un alfiler...

—Hombre, tanto como un alfiler!...

Ya bien entrado el día, alzóse ella sobresaltada por la luz, que á raudales se colaba por las persianas. Y zarrandeando á su compañero, le dijo:

—Levántate, Luis... ¡Por. Dios! ¡Me comprometes! Te puede sorprender mi marido...

Se hizo éste el perezoso, y como estaba encubierto por las sábanas, aún se dejó llamar una vez más; entonces, bruscamente, se incorporó, mostrándole su rostro vivamente iluminado. Lanzó ella un grito terrible y cayó hacia atrás, sobre las almohadas, con los desnudos pechos al aire, desmayada.

Cuando volvió en sí, el viejo, friamente, la miraba la frente con agua de Colonia. Le miró estúpidamente, sin ningún espanto; luego rió como una idiota al contemplarse en el espejo del lavabo.

La impresión había sido terrible. Estaba completamente loca.

El viejo la observó un instante, y luego sonrió satisfecho de su obra...

ENRIQUE LOPEZ BUSTAMANTE.

LAMENTACIONES DE UN CALAVERA

que perdió su libertad de acción al leerle el cura la famosa epístola de San Pablo, con todas las agravantes, el 28 de Diciembre último.

(SOLILOQUIO)

Ya no puedo mirar á las mujeres que, gorjeantes, aletean por ahí; ¡ya no puedo mirar mas que á la Luna!, porque todo acabóse para mí.

Ya no puedo mirar en el periódico á la Goya, ó á la Isaura, ó á la Raquel, pues como salen siempre hablando, pudieran, ¡ay!, salirse del papel.

¡Comasión á los célibes le pido; soy un Cristo que ambula con la cruz, con esa plúmbea cruz del matrimonio que carga el hombre que nació aves-

[truz!
¡Quién pudiera salir del compromiso en que el salado cura me metió al casarme con esta Otelo rubia, que ya en la primer noche me arañó!

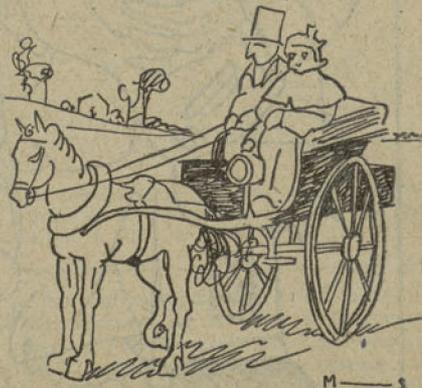
Muchas veces, á solas, me pregunto por qué ciego é imprudente me casé; ¿no era mucho mejor amar á todas?... Era mucho mejor; ¡si lo sabré!

¡Ya no tiene remedio, pasmarote; huyó de ti burlado el niño Amor!
¿No querías casarte? ¡Qué más quie-

res!
Ahora tienes los goces del Dolor.

COLIRON.

GALANTERIAS



Biblioteca Regional de Madrid. ¡Poco tira este caballo!

—¡Poco os lleváis!

DEL CERCADO AJENO

LOS GRANDES CUENTISTAS

Una broma de Enrique II.

I

LA duquesa de Valentinois, hermosa y celeberrima favorita de Enrique II de Francia bromeaba en cierta ocasión con el mariscal de Brissac. De la broma inocente pasaron ambos interlocutores al discreto intencionado y personalísimo, á las miradas picarescas y elocuentes, á la expresión atrevida.

—En efecto—decía la duquesa recl-

nándose coquetonamente en el respaldo del sillón—: yo creo, mariscal, que la cobardía es lo que hace al hombre ocultar en amor sus intenciones.

—Permitidme, duquesa, que proteste; hay hombres que no declaran su amor por falta de elocuencia, y que poseen bastante sentido para comprender que amor que no es elocuente al manifestarse, suele con suma facilidad caer en ridículo. Si en las declaraciones amorosas pudiéramos prescindir de la emoción, que pega la lengua al paladar y anuda la garganta,

es casi seguro que no encontraríais, bellísima Diana, ningún hombre cobarde.

—Pero, mi querido mariscal, ¡si la emoción es lo que hace encantadoras las declaraciones de amor! Y además, ¡es que somos tan temibles! ¡Linda cosa! De modo que vos, por ejemplo, que habéis arriesgado más de una vez vuestra vida peleando contra los hombres, ¿no tendríais valor para decirle á una mujer que la amáis?

—Acaso no, duquesa—respondió Brissac con la sonrisa en los labios—, porque acaso no pudiera decirle lo que siento...

—¿Lo que sentís? ¡Hola, hola! ¡Conque estáis enamorado!

—Ni siquiera me atrevo á afirmarlo. A veces se detienen los ojos en cosas imposibles, y la razón, que lo comprende así, pone freno á los estímulos de la voluntad...

—Pero un mariscal de Francia—interrumpió la de Valentinois mirando á Brissac de hito en hito—puede poner sus ojos en donde pueda ponerlos cualquier mortal.

LA MENDICIDAD

(DIBUJO NO DENUNCIABLE)



Comprenderá el lector que *Biblioteca Regional de Madrid* de damas y de caballeros, ya no se puede decir más...

LOS BAILES DE LA ZARZUELA



—Chicas, preparaos para el próximo baile de LA HOJA DE PARRA. Porque claro que se permitirá la entrada á las madres de las artistas; pero cada artista sólo podrá traer una madre...

te, y preguntó en voz baja con la mayor naturalidad del mundo:

—¿Aun donde los ponga el rey?

Un relámpago brilló en los ojos de Diana, la cual, inclinando el busto hacia el mariscal, dijo con lentitud y fingiendo asombro:

—¿Por qué no? Los mariscales se han hecho de la misma madera que los reyes.

II

El de Francia supo algunos días después que su bella favorita Diana, duquesa de Valentinois, celebraba misteriosas entrevistas en sus habitaciones privadas con el mariscal de Brissac. No era la primera vez que la fidelidad de Diana andaba de boca en boca; pero Enrique II, hombre práctico en materia de amor, no quiso intervenir nunca en semejantes episodios; lo que sí hacía era dar alguna broma á Diana y poner en algún grave aprieto á sus fugitivos rivales.

Una noche fué á llamar á la puerta de la duquesa en ocasión en que ésta se hallaba en amable coloquio con Brissac. Hubo un momento de confusión; luego se abrió la puerta y apareció la linda favorita, invitando al monarca con un gracioso ademán que entrara.

La habitación ofrecía su aspecto ordinario y coquetón; allí no había huella alguna que revelara la existencia de un hombre. Enrique II, como quien no sabe nada, estuvo amabilísimo; comió unos dulces y bebió vino, prodigando las mayores alabanzas á la belleza exquisita y cada vez más tentadora de la duquesa, que iba á acabar por volverle loco...

Brissac, bajo el lecho de Diana, ni respiraba siquiera...

Levantóse el rey, y despidióse del modo más cariñoso del mundo; pero antes de salir tomó de sobre la mesa una caja de dulces y la arrojó bajo la cama, diciendo:

—Toma, Brissac; justo es que comamos todos...

Y luego se alejó, enviando la más tierna de las sonrisas á la linda duquesa...

RENÉ BLAZE.

LA CRISIS OBRERA

(DIBUJOS NO DENUNCIABLES) !



El resultado de esas reuniones de Juntas de Damas y de Caballeros ha sido que nuevamente se suba el pan.

La campaña de «vodevil» está hinchando de dinero á los empresarios del Madrileño. La verdad es que la Compañía y las obras valen la pena. Suponemos que, en vista del éxito, vendrán á nuestro baile los empresarios... y la Compañía.

La encerrona

Para mi buen amigo
T. T. Rourell (Biorito).

—¿A la tarde?

—Sí, se va la madre.

Se envolvió en la caricia de una mirada prometedora, tendiéndole la mano. El la tomó, y en un deseo que colubraba hecho realidad, atrajo á la mujer y buscó sus labios. Se besaron

GALANTERIAS



—¿Usted cree que es posible pasarse la vida con la gata encima?

—Por lo menos, no estoy dispuesta á sustituirla con ningún otro animal.

larga, furiosamente, en ansia de mordiscos.

—No tardes—insistió ella.

—Hasta mañana—se despidió él, bajando por la obscura y angosta escalera.

A sus oídos llegó por centésima vez aquella noche la voz cascada de la madre de su novia:

—¡Asunción!

Todos los días, durante su charla en la escalera, de vez en vez llegaba hasta ellos, saliendo de las tenebrosidades del cuarto, como una maldición apocalíptica:

—¡Asunción!

Y su novia, invariablemente, respondía:

—Voy, madre.

Al principio, caía la voz en las dulzuras de su idilio como una campanada en la quietud de una plaza, poniendo un espanto en su pecho y un temblor en el de su novia; pero el tiempo la hizo costumbre, y ahora era para ellos tan necesaria como el alerta de los centinelas en un campamento guerrero.

Esta vez, la llamada había sido imperativa, y sintió sobre su cabeza el precipitado taconeo de su novia, terminado con un portazo...

—¿Qué quieres?—gritó Asunción malhumorada, llegando frente á su madre.

—Nada, tonta; es una costumbre.

—Me pones nerviosa con tanto llorar.

—Te exalta cualquier cosa á ti.

Luego, en otro tono, fijando sus ojillos, donde brillaba la picardía, en los de su hija, preguntó:

—¿Qué?

—Viene mañana.

—Te quedarás con él. No creo que seas tan tonta como para ceder á sus instancias, haciendo inútil, por falta de paciencia, toda nuestra obra. Ya sabes á lo que te expones. Hay que asegurarlo.

—Pierde cuidado.

—Nunca por palabra de más fracasó un proyecto. Fácil fuera que fracasase por falta de razones antes que por sobra de advertencias. La debilidad puede perderte, si de ella no haces tu ar-

ma... Mañana es muy pronto para mi intervención... Hay que darle confianza.

—Se la daremos; ya sabes que te comprendo.

—No basta que me comprendas. Necesito que tengas fuerzas para llegar al fin. Creo que debes estar escarmantada para dejarte guiar de mí sabiendo lo que te sucedió con el otro... Si las muchachas confiaran en sus madres, ni tú ni otras muchas os veríais así. Porque...

Y siguió su conversación, que era un curso de Psicología complejo y profundo.

Al día siguiente, sola en su casa, esperó Asunción á su novio.

Se abrazaron, se mordieron, y, ciego el hombre, turbios la razón y los ojos por el deseo, acarició con sus manos temblorosas todas las bellezas de la mujer, que protestaba débilmente. Luego, vencida por el fuego de las caricias, cayó en sus brazos. El novio, entonces, murmurando entre besos todas las palabras amorosas que sabían sus labios, la condujo al lecho. Suspiraba ella, besaba frenético él, y ya el amor iba á realizar su obra, cuando ella, débil como una sensitiva, sufrió una crisis nerviosa. El novio se espantó. De un brinco se puso en pie, y, precipitadamente, la sujetó, prodigándola cuantos remedios tuvo á su alcance, al mismo tiempo que arreglaba el desorden de su traje y miraba con espantados ojos á la puerta del cuarto, temiendo la irrupción de su madre...

Pasó el ataque, y, temblando como un azogado, ayudó á descender de la cama á su novia, que, miedosa y avergonzada, se sinceró con sus malditos nervios. Cuando la serenidad volvía á sus rostros, entraba en casa la vieja, llamando como siempre:

—¡Asunción!

Se repitió la escena.

Abandonaba el novio la casa de Asunción, reprochándose á sí mismo su mala suerte, cuando un diminuto pensamiento, travieso y juguetón, revoloteó en su mente. Era mucha coincidencia aquella de que en el crítico

CHIQUILLADAS



—Oye, Luisita: yo soy hijo de un gran duque.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—Papá.

—¡Andá! ¿Y él qué sabe?

momento de la felicidad se le desataran los nervios á su novia. Y el pensamiento inquietante fué agrandándose, agrandándose, hasta que se hizo idea. Y esta dió por fruto una sonrisa.

—¿Tu madre?

—Salió.

—¿También hoy?

—También. ¿No te alegra?

Y se abrazó á su cuello en una explosión amorosa. De momento, el novio, pensando en sus nervios, mostróse serio, frío y reservado; pero al callar se dio cuenta de los besos y la tibieza de la

carne, que palpitaba en contacto con la suya, se derritió el hielo...

Y por tercera vez, en el culminante momento, Asunción perdió el sentido, extravió los ojos y comenzó á bailar entre crujir de dientes y crispaciones de manos. El novio sonrió satánicamente, y sujetando sus brazos la cubrió de besos.

Asunción dió un grito, trató de incorporarse; pero el novio, previniendo esta tentativa, la evitó... Y pudo más el amor que los nervios...

—¡Asunción!—gritó su madre al entrar, viendo á su hija caída sobre una silla. Luego, en transición, temiendo dar crédito al pensamiento, preguntó:

—¿No vino?

—Y se fué...—dijo ella en un sollozo.

—¿Eh?

—Es un bestia, un salvaje, un criminal... No respetó mi estado, no hizo caso de mi ataque...

—Lo debió comprender...

Y luego, cambiando de tono, murmuró filosóficamente:

—La encerrona estaba bien preparada; pero él era de cuidado... Prepararemos otra para alguno más tonto...

FANDOR.



A UNA CAMARERA

Me encanta la dulzura y suavidad de tu voz seductora y atrayente, y me hipnotiza tu mirar ardiente, amalgama de furia y de bondad.

Adoro los perfectos desniveles de tu cuerpo aristócrata y gitano, y reverencio tus nevadas manos y amo tu boca de sabrosas mieles.

Admiro las mil gracias que atesoras... Toda tú me seduces y enamoras con el imán de tu adorable encanto.

Y tan sólo mereces mis reproches, porque, á pesar de que te quiero tanto, ¡me cobras el café todas las noches!

FERNANDO G. RUIZ.

¡MENOS MAL!...



M —, c

—Pero, por Dios, Angélica, Biblioteca Regional de Madrid

—Sí; mas tranquilízate, porque es el último de esta temporada...

La virgen pagana

DESDE los balcones de mi casa, cuando vuelvo rendido de la labor diaria, contemplo un erótico espectáculo digno de ser cantado por el César en los últimos años de su imperial gobierno.

Una linda muñeca de diez y ocho años, de cabellera negra, de brazos fuertes y torneados para abrazar el amor, de pecho turgente y puntiagudo, desnuda su cuerpo con sin igual coquetería. Deja caer su blanca camisa á sus pies, salta dentro de la bañera, que parece concha de Venus, y abluciona su cuerpo suavemente, con coquetería de mujer mundana. La esponja blanca recorre el cuerpo moreno de la virgencita, y al gotear, de sus porosas carnes se ven relucir las venas pletóricas de vida, como si quisieran saltar fuera de la frágil envoltura que las encierra.

Merece toda clase de cuidados aquella parte de su cuerpo que más incita al amor fiero y carnoso, que no parece sino que espera visita de amante enamorado y escrupuloso al ver lo pulimentado y peinado que deja el venturoso altar donde rendirán culto más tarde los hombres que la posean.

Y después de esta labor, salta fuera del baño, cúbrese con sábana esponjosa, sonríe, sonríe mucho y coquetea ante el mismo espejo que le sirviera para admirarse en su espléndida desnudez poco antes.

La sábana, poco á poco, va descubriendo aquel cuerpo de diosa, y los pétalos de las flores que asoman en su pecho se aparecen sonrosadas y erectiles, desafiadoras, á la curiosidad de su propia dueña.

Se acaricia con mano de gata, se sujeta hacia adelante el apretado seno, y sigue cayendo la sábana hasta dejar al descubierto toda la belleza de aquella Venus tizianesca.

Su cara, pícara é inocente á la par, mira al infinito: no sé si sueña, no sé si piensa en el porvenir; lo que sé es que su belleza adquiere proporciones ultraterrenas, y un nimbo de luz dorada y roja la cubre por completo. Saca un soberbio frasco de esencia y recordando á las paganas meretrices de aquella época burlesca del Im-

perio caído, se perfuma hasta los rincones más oscuros, se huele las carnes, se las besa, se contempla de nuevo, y deja caer su limpia camisa sobre sus hombros de busto de bronce.

Salta á la cama, y de rodillas reza á una imagen que tiene á su cabecera; así pasa un rato, se acuerda, y apaga la luz con su manita de mujer acariciadora.

Y la virgen pagana queda envuelta

DE LA VIDA



—Señor: ¿quiere usted un perro para pasar el rato?

—Según qué perro sea...

en las obscuridades de la noche. ¿Sueña? ¿Reza? No sé. Tal vez las dos cosas y ninguna. Sólo sé que la virgencita de cabellos negros y de cuerpo de bronce me hace rejuvenecer los años primeros de universitario alegre, y pienso que estoy muy lejos de aquel entonces, en el que la vida me parecía corta, y las mujeres, flores, dispuestas siempre para deshojarlas.

“LA MALDITA,,

I

Por la ventana abierta entraba ya la débil luz de la aurora, cuando Pablo se dispuso á abandonar la casa furtivamente. Marta, en cuyo rostro extremadamente pálido se esbozaban las huellas del cansancio producido por una noche de lujuria, le dijo, reteniéndole aún, entre llorosa y suplicante:

—¿Verdad que no me abandonarás

DE LA SEMANA

TIND.



El.—Pues yo nunca que he ido al terreno del honor he tenido miedo.

Ella.—¿Y ha ido usted muchas veces?

El.—Tres, como testigo...

ahora, Pablo mío? Tengo un miedo... Porque si fueses tan malo después de haberme hecho tuya, yo no sé lo que sería de mí. No olvides que estoy sola en el mundo, que de esta casa me arrojarían tan pronto como se enterasen de mi deshonor. Que únicamente te tengo á ti, y porque te quiero con toda mi alma, y es más fuerte este cariño que mi voluntad, has hecho de mí lo que has querido.

Y diciendo esto le estrechaba anhe-

lante contra su pecho, mirándole fijamente.

Pablo repuso con cariño:

—¿Dudas ahora? No temas, tontina. Ten confianza en mí.

Y por última vez sus labios se unieron en un beso mudo y prolongado.

Un momento después, Pablo, sigilosamente, saltaba á la calle por la ventana, y ella, medrosa, volvía al abrigo de su lecho de virgen, ya mancillado.

El penetrante cacareo de un gallo, saludando al nuevo día truncó el silencio de la madrugada. Más lejos contestaron otros como un eco del primero. Y allá en el cielo azul, cada vez más claro, titilaban aún algunas estrellas rezagadas...

II

No entraba en los proyectos de Pablo el contraer matrimonio con la pobre Marta, que, huérfana de padre y madre, había sido recogida piadosamente en casa del amo Antonio para que no se muriese de hambre en aquel pueblo.

Pablo estaba en relaciones con Rosa, una moza rolliza y fuerte, del vecino pueblo de Moraleda, hija de campesinos que poseían extensas tierras de labranza, y en sus arcas—según el vulgo decía—guardaban una respetable cantidad de plata, suficiente para asegurar un buen porvenir á su hija y á quien con ella casara.

Poco tiempo después de haber conseguido de Marta el único objeto que le indujo á mentirle cariño, Pablo, aprovechando las fiestas del santo patrón de Moraleda, se trasladó al pueblo vecino. Y á pesar del misterio con que rodeó el objetivo de aquel viaje, muy poco tardó en correrse la voz de que Pablo había casado con Rosa, la moza adinerada de Moraleda.

Marta recibió la noticia como puñalada mortal. En un momento sintió derrumbarse en su corazón todas las esperanzas que aquel hombre insensa-

La simpática cupletista Vicenta Vargas, que se ha revelado como una excelente actriz cómica en el teatro Madrileño, nos ha ofrecido contribuir con un regalo para el Concurso de premios del baile de LA HOJA DE PARRA.

to la hiciera concebir en horas de feliz coloquio. En su primer impulso sintió deseos de publicar á voces por todo el pueblo la acción canalla de que había sido víctima. Pero Pablo pertenecía á una familia conocidísima y apreciada por todos, mientras que ella era el último descendiente de una familia desgraciada y ya desaparecida. El relato de sus penas serviría de burla y escarnio en todo el lugar. Y aquel temor la hizo abrigar el firme propósito de encerrar inviolable en su corazón, para toda su vida, el secreto de su desdicha.

Un día en que levantóse abatidísima por la pesadumbre de una noche de insomnio y desconsuelo, un ligero desvanecimiento la hizo apoyarse vacilante al borde de la cama. Y, horrorizada, sintió en su seno la primera convulsión de una nueva vida que tomaba cuerpo en ella. Sus manos crispáronse con rabia; la inmensa pena que la consumía trocóse en odio, y en su pecho, en lo más recóndito de su pe-

cho, sintió germinar indomables ansias de venganza.

III

A la presencia de aquella mujer en el lugar se atribuía una influencia fantástica para los humildes é ignorantes labradores que lo poblaban. «La Maldita» la llamaban todos desde el día en que el amo Antonio la arrojó de su casa, después de haber dado á luz una horrible criatura—de cabeza enorme y espantables ojos saltones, extremadamente abiertos—, que se suponía engendro del mismo demonio. La leyenda fantástica, tan fácilmente asimilable entre gente inculta, la rodeaba de un misterio tenebroso, en el que se mezclaba la intervención de brujas agoreras y almas condenadas eternamente al influjo de inverosímiles hechicerías. Los que se preciaban de más instruídos en el pueblo vaticinaron que persona en quien pusiera los ojos aquella criatura, que parecía

DE LAS QUE IRAN



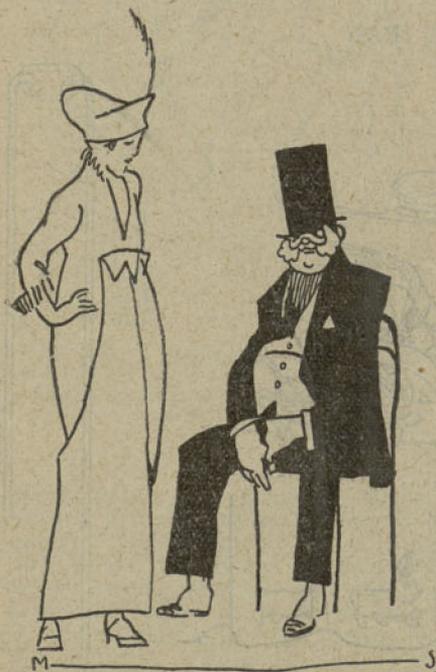
Aconsejamos á las lectoras que el día de nuestro baile imiten á la ciudadana del grabado y cenén antes del baile, porque despues de cenar...

una pesadilla infernal, quedaría maldita para siempre. Y todos huían con horror de la pobre loca, que, con sus sarcásticas é incoherentes carcajadas, contribuía aún más á reforzar aquella leyenda.

Siempre con su hijo en brazos, maldiciéndole á veces y besándole otras en violentas expansiones de cariño materno, vagaba por el pueblo apedreada por los chiquillos y amedrentada por los mayores con amenazas que nunca se realizaron porque las inspiraba el miedo que su presencia causaba. Nadie sabía dónde se albergaba durante las noches. Nadie se había atrevido á seguirla para averiguarlo cuando, al anochecer, abandonaba el lugar, tomando invariablemente el camino del monte.

En el pueblo se supo que en Moraleda Pablo y Rosa habían tenido un hijo, primer fruto de su matrimonio, y «La Maldita», que no era admitida

TEDIO EN EL HOGAR



El.—¡Lo que yo me aburro!

Ella.—¡Si no te aburríes más!

en ninguna parte y estaba en todas, también se enteró de la noticia.

Una mañana los labradores se levantaron radiantes de alegría. «La Maldita» había desaparecido del pueblo, sin dejar rastro alguno.

IV

Apuntaba el alba cuando Marta divisó el pueblo de Moraleda. La caminata había sido larga y malo el camino. Densas gotas de sudor surcaban el rostro desencajado de la loca, y la respiración jadeante le agitaba violentamente el pecho, contra el cual estrechaba, con más fuerza que nunca, al hijo de sus entrañas.

Próxima al término de su camino, apretó el paso para entrar en el pueblo antes que la gente saliera al campo á reanudar sus labores diarias y se descubriera su presencia.

En la carretera real, á la entrada de Moraleda, se levantaba el Molino de las Perdices, que los padres de Rosa, al casarse ésta con Pablo, les cedieron para habitarlo, retirándose ellos á una casita que poseían en el campo á media legua de allí.

Marta llegó al molino extenuada por el cansancio. Pero una fuerza sobrehumana parecía que la animaba, dándole aún algunos alientos para terminar el plan que en su cerebro, trastornado y enfermo, había fraguado. Como fiera en acecho escudriñó las entradas que tenía el molino. La puerta principal estaba cerrada todavía. A la vuelta, una tapia de regular altura acotaba un pequeño trozo de terreno destinado á corral. También la pequeña puerta que daba acceso á la casa, por esta parte, estaba cerrada. Marta miró á su alrededor con recelo. No había un alma ni se oía el menor ruido. Y asíéndose trabajosamente, con la única mano que su hijo la dejaba libre, á las riscosidades de la tapia, asegurando los pies donde mejor podía, empezó á trepar torpemente por la pared en un intento superior á su debilitada resistencia. Más de dos veces estuvieron á punto de rodar al suelo ella y su hijo; pero al fin consiguió escalar la tapia, sin notar siquiera que en el esfuerzo se había destrozado las manos y las rodillas, que sangraban resquebraja-

Ya en el corral, después de abarcar con su indecisa mirada la fachada de la casa, acercóse cautelosamente á una ventana de la planta baja. Se encaramó á ella, y como estaba únicamente entornada, pudo saltar á una habitación abandonada, en uno de cuyos ángulos se amontonaba el trigo preparado para moler. No se oía nada en la casa. Seguramente la gente dormía aún. Marta, ansiosa, contentiendo hasta la respiración para no ser sorprendida, recorrió varias habitaciones, desorientada, y llegó á una

ENSAYOS CONTORSIONISTAS



El.—Tú te dejas empujar hacia atrás y avanzas hacia delante para venir á parar debajo de mí.

Ella.—¿Y con eso termina la contorsión?

El.—Al contrario; entonces empieza.

escalera, por la que subió á la planta principal. Cada vez más temerosa y desconfiada, atravesó otras habitaciones hasta llegar á una sala amplia que daba acceso á la alcoba donde tranquilamente descansaban Pablo y Rosa. Al verlos, no pudo contener una diabólica sonrisa de satisfacción. Dejando á su hijo sobre una silla y acariciando con sus manos un enorme cuchillo, que había ocultado en su pecho, se dirigió rápida hacia el lecho... A pocos pasos, la cuna en que dormía

plácidamente un robusto niño, la contuvo. Marta lo contempló unos instantes y lo tomó en sus manos, levantándolo en alto; el odio mortal que la anquilaba sintió que alcanzaba también á aquel inocente. ¿Por qué no era deforme y repulsivo como su hijo, si ambos fueron engendrados por un mismo padre? ¿Por qué aquél tenía derecho á los amparos paternos y el suyo no? ¿Era ley de Dios aquella injusticia? ¿No era cariño grande, muy grande y sincero, el que había dado vida á su desgraciado hijo también!...

El pequeñuelo, bruscamente despertado, abrió sus ojillos azules, y, creyéndose objeto de una caricia, sonrió angelicalmente, extendiendo sus diminutos bracitos hacia la loca. Y Marta, en un movimiento brutal, en el que puso toda la fuerza de su rencor, bajó rápidamente los brazos y estrelló á la infeliz criatura contra el suelo. La tierna cabecita, al partirse sobre las losas, crujió horriblemente.

Presas de una violenta excitación nerviosa, la loca colocó en la cuna á su hijo. Aquellas facciones disformes, desnaturalizadas aún más por el hambre y la miseria, aparecían más espantosas que nunca.

Y una carcajada frenética, salvaje y estridente de la perturbada despertó aquella mañana á Rosa y Pablo.

ADOLFO LLUCH.

FOTO grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos sellos de correo; con varias muestras surtidas, 4 pesetas, giro postal.

L. Leonard, sucesor

Calle Padua, Barcelona.

Agentes exclusivos en Suramérica,

MASIP Y COMPAÑIA

RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Viuda de José Lerín

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

PASTORA IMPERIO ■ ■ ■ LIBRO DE INTIMIDADES

UN TOMO EN 8.º DE 130 PÁGINAS, 2'50 PESETAS

CONTIENE ESTE LIBRO: «El relicario de sus confidencias». — «Cómo empezó á bailar Pastora». — «La gloria del *début*». — «Los dos duros más bendecidos». — «Por qué pasó á llamarse *Pastora Imperio*». — «Un célebre baile de máscara». — «Los comienzos de la *Fornarina*». — «Los amores de la *Imperio* y el *Gallo*». — «La *Imperio* sueña con ingresar en un convento». — «La *Imperio*, en su hogar». — «Su devoción por la Virgen de la Esperanza». — «Caridad hermosa», etc., etc. — Una magnífica portada y profusión de fotografías. — Se envía á provincias, certificado, por 3 pesetas en sellos de Correos, ó Giro Postal. — Los pedidos, con su importe, únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid**.

Exportación por mayor de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — ON PARLE FRANÇAIS.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas**. Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTÍSIMOS

- «Misterios y secretos del lecho conyugal» (dos tomos con grabados).
- «Tortilla al ron» (un tomo de 260 páginas).
- «Los quince goces del matrimonio» (un tomo de 192 páginas).

Se remiten, certificados, á provincias los cuatro tomos por SEIS PESETAS. Al Extranjero van por SIETE FRANCOs Ó UN DOLLAR.

LOS PEDIDOS, CON SU IMPORTE, ÚNICAMENTE Á ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DERECHA, MADRID.

Biblioteca privada. — *Catálogos gratis*, remitiendo sello de 0,50 pesetas.

Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero.

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS

HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
:: Memorias, etc., etc. ::

Marqués de Cubas, 7.-Madrid